

nuestra grandeza faltos de fuerza para sostenerla.

Pero lleguemos al final de la biografía: día de luto, de dolor fué para la República el 9 de Junio de 1866. En él murió el íntegro, el justo, el immaculado ciudadano Lic. D. Juan Antonio de la Fuente.

Coahuila agradecida, dispuso el 14 de Julio de 1865 la erección de la Villa de Fuente, y el Congreso, á raíz del triunfo de las armas republicanas, el año 1868, para perpetuar el

nombre de tan esclarecido mexicano, decretó que su ciudad natal se llamase Parras de la Fuente

JOSE P. RIVERA.

Hemos consultado para escribir la presente biografía: "México á través de los siglos," tomo V por D. José María Vigil; "Historia de Jalapa, etc.," por M. Rivera Cambas; "Catecismo Histórico, Geográfico y Estadístico del Estado de Coahuila," por Esteban L. Portillo; "México, Francia y Maximiliano," por Hilarion Frías y Soto; "Secretaría privada de Maximiliano" por Lefèvre; "Reseña histórica de la formación y operaciones del Ejército del Norte," por Juan de Dios Arias; "Rêve d'Empire" de Paul Gaulot, y algunos periódicos de la época, "El Siglo XIX" entre otros.



LEANDRO VALLE.

1833-1861.

EN el primer año de la segunda década del siglo, cuando Hidalgo desplega el estandarte de la independencia de México en el pueblo de Dolores, el Coronel Rómulo del Valle vivía ya muy comprometido en la trama urdida para difundir la idea de nuestra emancipación de España y el derrocamiento del gobierno virreinal que no le parecía en manera alguna digno: quería con el alma un régimen político propio y defendía su credo por todo Querétaro á la cabeza de un grupo de patriotas. Prestó servicios que debe de grabar la Historia, desde 1811 hasta el triunfo de la Reforma en que anduvo con el arma al brazo junto con D. Juan Alvarez: cuarenta y cinco años de lucha por la autonomía nacional y la República y en aquellos tormentosos días que se jugaban vidas y haciendas por los principios, el todo por el todo!

D^a Ignacia Martínez, esposa de D. Rómulo, con ser católica devotísima, jamás discutió ni en el seno del hogar los pensamientos liberales del valiente soldado y que andando los sucesos de la revolución heredarían sus hijos.

Leandro fué quien más llevó en la sangre estos bellos ardores de patriotismo y libertad. Venido al mundo en México y en la calle de San Agustín núm. 2, el 27 de Febrero de 1833, su padre le inculcó las ideas que tejen el indisoluble lazo entre el ciudadano y la tierra en que se nace. Recibió su instrucción primaria en una escuela de Jonacatepec (E. de Morelos) que dirigía D. Francisco Saldaña, un santo profesor que cuidaba mucho de tener irreprochable conducta para no aparecer modesto con

hipocresía. Muy joven, á los once años cumplidos, entraba al Colegio Militar, carrera por la que sentía, más que curiosidad de niño, decidida vocación.

Era precisamente el año 1844, cuando Santa-Anna declaró su odio de muerte al Congreso, porque le había negado facultades para imponer nuevas contribuciones y entraba de paso á la Presidencia el íntegro José Joaquín de Herrera. Los ánimos estaban en efervescencia y la dictadura hacía sentir su peso de plomo sobre todo el país. Empezó estudiando con gran provecho la táctica de infantería y obtuvo el premio en el examen de fin de año.

Al siguiente era sargento segundo, conforme al reglamento del Colegio y la aprobación del consejo de profesores. Aprendió concienzudamente la táctica de caballería, Matemáticas elementales y las otras materias anexas del curso. Ahí también obtuvo el primer premio. Intima amistad lo unía á Osollos y á Miramón, el implacable enemigo de los liberales. Cuentan que en el Colegio los dos últimos solían saludarse así:

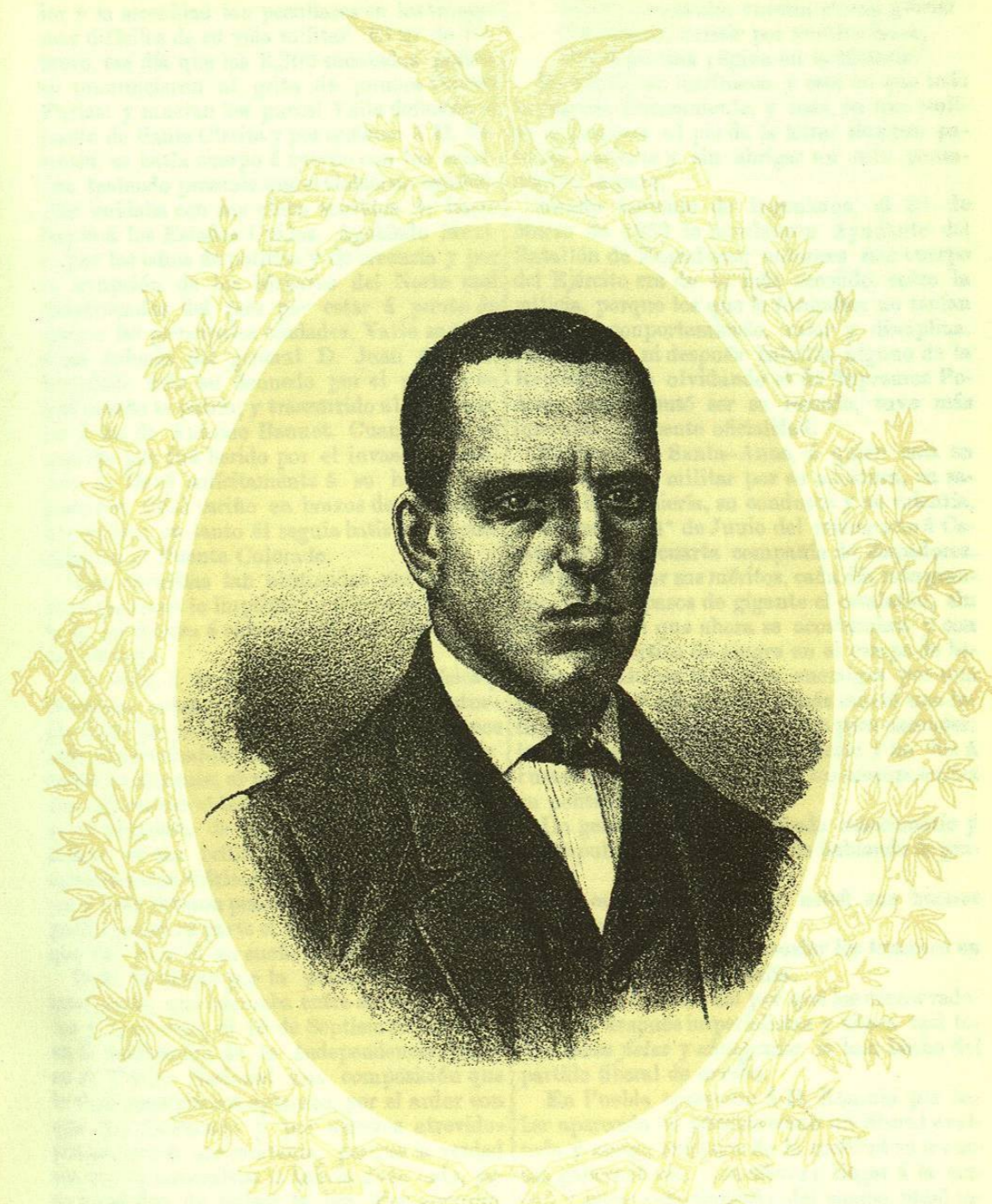
—Mi General—hablaba Miramón con la mano derecha llevada al kepí y cuadrándose marcialmente.

—Ordene Su Alteza—decía Valle.

Y la broma juvenil tuvo que ser realidad hasta cierto punto: Leandro llegó á ser general y Miramón fué Presidente de la República cuando ambos eran muy jóvenes.

El 20 de Enero de 1847 ascendió á subteniente por especial empeño de D. Valentín Gómez Farías. Este fué el paso que resolvió el porvenir de Valle.

"Liberales Ilustres Mexicanos."



LEANDRO VALLE.

"Liberales Ilustres Mexicanos"

LEANDRO VALLE

EN el momento de la guerra...



Desde entonces demostró de continuo el valor y la serenidad tan peculiares en los trances mas difíciles de su vida militar. El 27 de Febrero, ese día que los 3,300 mentados polkos se pronunciaron al grito de ¡muera Gómez Furias! y mueran los puros! Valle defendía el punto de Santa Clarita y por sostener á D. Valentín, se batía cuerpo á cuerpo con los rebeldes, teniendo presente que el Gobierno establecido cuidaba con sus cinco sentidos de hacer frente á los Estados Unidos. Agobiado México por los odios de política y de creencia y por la irrupción de los bárbaros del Norte casi enseñoreados del país por estar á punto de ocupar las principales ciudades, Valle se puso á las órdenes del general D. Juan Alvarez, templado más su denuedo por el peligro en que pasaba la patria; y trascurrido algún tiempo á las órdenes de Antonio Banuet. Cuando este querido jefe fué herido por el invasor extranjero, le llevó solícitamente á su hogar y lo puso con filial cariño en brazos de sus ancianos padres, en tanto él seguía batiendo al enemigo en el Puente Colorado.

Las revueltas tan obstinadas por aquella luctuosa época lo impelían en fuerza de la índole de su carrera á entrar y salir con frecuencia del Colegio.

En 1850, á la vez que estudiaba Física y Mecánica, consagraba sus ocios á la literatura sin dejar por esto de ser uno de los alumnos más aprovechados: obtuvo como en los anteriores exámenes, el primer premio. Tan grandes esperanzas el Gobierno cifró en él, que tuvo el propósito de enviarlo á París para que sellara su tan brillante carrera con mayores conocimientos teóricos de la ciencia de la guerra y más extensa práctica. La pobreza de sus padres causó en parte el fracaso de aquel viaje que fué para él un sueño dorado.

Dado su afecto por la poesía y su fama de inteligente, que resonaba entre sus condiscípulos y profesores, el 15 de Septiembre de 1851 en la celebración de la Independencia, recitó en el Teatro Nacional una composición que le valió estrepitosos aplausos, por el ardor con que fué declamada y por algunos atrevidos pensamientos que contenía, porque la verdad era que la naturaleza le habría dado todo, pero no el don de pulsar la lira. Por ejemplo, habla de los guerreros:

"Con denuedo marcharon á la guerra,
La paz de sus hogares despreciaron,
Sus cenizas cubrió sangrienta tierra,
Pero al sepulcro con honor bajaron.
¡Oh recuerdos de gloria! ¡Cómo late
Mi ardiente corazón! ¡Cómo se agita!
Al recordar los triunfos, el combate,
El pecho militar siempre palpita.

Hidalgo. Allende, valeroso Aldama,
¡Cómo os envidio vuestra eterna gloria!
Trocara mi existir por vuestra fama,
Por dejar una página en la historia."

El mérito es intrínseco y está en que todo lo expresa sinceramente, y más, en que realizó la promesa al pie de la letra: siempre patriota, valiente y sin abrigar un solo pensamiento impuro.

Siendo teniente de Ingenieros, el 29 de Marzo de 1853 lo nombraron Ayudante del Batallón de Zapadores; entonces este cuerpo del Ejército era de lo más escogido entre la milicia, porque los que le formaban no tenían tacha en comportamiento, valor y disciplina. Nunca antes ni después batallón alguno de la República, no olvidando el de Supremos Poderes que intentó ser su remedo, tuvo más instruida y decente oficialidad.

El dictador Santa-Anna, á quien caía en gracia el joven militar por su apostura, su saber en la ingeniería, su conducta y su valentía, lo ascendió el 1º de Junio del mismo año á Capitán 2º de la cuarta compañía de Zapadores.

Apoyado por sus méritos, cada día más grandes, subía á pasos de gigante el escalafón, sin dar los saltos que ahora se acostumbra, y con el previo bautizo de sangre en el campo de batalla recibido de las balas enemigas por una causa justa y patriótica. Jamás movió una influencia de las muchas que tenía para ascender: los grados venían á sorprenderle y no iba á buscarlos en las antecámaras de los omnipotentes en política.

Un general, antes furibundo reaccionario y hoy republicano, le aconsejaba hablando de grados:

— Leandro, aproveche usted sus buenas amistades de arriba.

— Los medios para ascender los tenemos en nuestras manos—respondía.

Esto da la clave del por qué los conservadores eran después imperialistas y ahora casi todos estos *fieles y abnegados* se han hecho del partido liberal de arriba.

En Puebla apresaron á D. Rómulo por haber aparecido en público como un liberal exaltado y amigo exigente de la rectitud en los actos gubernativos. Leandro al llegar á la ciudad y tener conocimiento del suceso, pidió indignado su baja al Gobernador y comandante militar del Estado.

— No me es posible servir á un Gobierno que no respeta al autor de mis días—manifestaba dando por fundamento de su solicitud.

El general D. Juan Alvarez, satisfecho de los grandes servicios de D. Rómulo durante la revolución del Plan de Ayutla, quiso que Leandro fuese Agregado á la Legación de México

en los Estados Unidos; pero D. Ignacio Comonfort, por causas muy ajenas á su voluntad, no pudo llevar á efecto el buen deseo de su respectable antecesor; en cambio á poco tiempo lo envió á París para compensarle algún tanto la eficaz ayuda que como ingeniero prestó en el sitio de Puebla el año 56.

Tan enemigo era de los títulos de nobleza, que en circunstancias serias se burlaba de ellos. Asistió á un gran baile en las Tullerías con el Ministro de México D. Francisco Modesto de Olaguíbel y se hizo anunciar de los heraldos como Conde del Nopalito.

El joven militar quedó satisfecho del tan descuido viaje, visitando algunas de las principales ciudades de Europa; pues la falta de recursos le cerró las puertas del colegio y no hizo estudio alguno como fué su propósito. A fines de 1857 pisaba de nuevo el suelo patrio y obtenía del mismo Comonfort el grado de capitán 1° de la primera compañía del batallón de Zapadores.

En la defección de Comonfort hizo esfuerzos por rebelar á Zapadores en Santo Domingo y aun por ello tuvo un serio disgusto con el jefe de la reacción, al menos así aparecía, el general José de la Parra.

Perdida la capital de la República, el 24 de Enero de 1858 de la noche á la mañana salieron en diligencia su padre y él rumbo á Salamanca, donde se hallaba Doblado.

La víspera de su partida para tomar parte en la guerra de Reforma comió y tuvo una larga entrevista con el general Miguel Miramón en el restaurant de La Estrella, en la calle del Refugio frente al portal de Agustinos, y trataron de sobornarse el uno al otro: Miramón ofrecía todo un porvenir á Valle, y éste, otro no menos lisonjero que aquél; pero ninguno cedió: cada quien tomó senda opuesta, sin perder su amistad fraternal.

Miramón ya le debía la vida: se la había salvado en Puebla.

En Salamanca, á principios de Marzo, Iniestra y Leandro del Valle formaban parte del Estado Mayor de aquel general.

Cuenta el Sr. J. Martínez que la víspera de la batalla, en la que más que perdieron se dispersaron sus tropas, aconteció una escena curiosa. Valle tuvo un disgusto con el español Bravo y éste, inquieto por el juicio que aquél se había formado de su persona, le dijo:

—¿Usted ha dicho que desconfía de mí?

—Si, señor, lo he dicho—respondió Valle.

—Podría pedir á usted una satisfacción; pero esto sería indigno entre dos jefes liberales; mañana al frente del enemigo el que menos avance merecerá la duda.

—Corriente.

—Convenido.

—Déme usted la mano.

Y la promesa quedó pactada.

La prueba fué decisiva, más que en Salamanca, en la carga de Calderón: Bravo hizo prodigios de valor. Leandro reunió á sus amigos y dijo á su rival:

—Señor coronel, le pido á usted perdón; yo no había sabido juzgar á usted.

A Bravo se le añadió la voz en la garganta y no pudo más que llorar. Este fué el origen de la inquebrantable amistad de los dos jóvenes militares.

En premio de su bizarría al resistir las fuerzas de la legalidad al mando de Doblado, á los tacubayistas de Osollos, y de igual comportamiento que observó al querer Landa en Santa Ana Acatlán aprehender á D. Benito Juárez y su Gabinete, fué ascendido á teniente coronel de ingenieros.

Cuando Juárez y su Gobierno, pasado el inminente peligro que corrieron en Guadalajara, partieron rumbo á Colima para embarcarse en Manzanillo, dar vuelta por el Istmo de Panamá y salir á Veracruz, Valle estuvo á las órdenes de Santos Degollado; precisamente entonces su padre, D. Rómulo, ya con el grado de general, era el comandante militar de Colima por nombramiento que hizo el popular Degollado.

Durante los cortos días de estancia, mientras se rehacían y proveían de armamento y municiones las tropas liberales para volver á emprender la campaña en el centro de Jalisco, Leandro se dedicaba con ahínco que parecía rayar en delirio al ejercicio de los soldados que estaban bajo su inmediato mando. Su ideal era que reinase entre todos ellos la instrucción y la subordinación y pudiesen arrostrar en cualquier tiempo el peligro. Les predicaba siempre: "Ante el enemigo nunca contéis el número."

La acción de Cuevitas le dió nombradía entre los que por envidia pretendían rivalizar con él. Su valentía y arrojo llegó á ser proverbial.

En el sitio que las fuerzas liberales pusieron á Guadalajara en el mes de Octubre, él fué quien dió el primer paso para alcanzar la victoria. A iniciativa del general Refugio I. González y con asentimiento tácito de D. Benito Gómez Farías, practicaron una mina de pólvora en el bastión de la calle de la Merced y se introdujeron por las casas de la manzana hasta el lugar elegido; estaban vacilantes porque creían arruinar las fincas contiguas y principalmente la en que iba á hacerse la mina, que pertenecía á la Sra. Ornelas de Díaz, quien profesaba hasta el fanatismo los principios liberales y tenía por santos de su devoción á Juárez,

Degollado y Ocampo. Durante las perplejidades, para no perjudicarla en lo más mínimo, Leandro del Valle la hacía reflexionar:

—Señora, se va á caer su casa.

—No le hace; no importa.

—Pierde usted todo.

—Pero gana el partido puro.

La mina voló parte del bastión y cuarteó la casa de la patriota, pero no sin fruto. Una tarde, aprovechando la lista de seis, Refugio I. González, el coronel Bravo y Valle con los Mosqueteros, entraron los primeros por la brecha y comenzaron en silencio, con audacia verdaderamente temeraria, á hacerse de las posiciones del enemigo. Bravo, compitiendo en arrojo con Valle, subió á la azotea del Palacio de Gobierno, quitó del asta la bandera de la reacción que flotaba é izó su blusa roja que llevaba puesta.

Entonces Valle habló así á sus soldados:

"Esta plaza inexpugnable para esos ejércitos asalariados que sirven de ciego instrumento al gobierno que los paga, ha caído ante vosotros, soldados de discernimiento y de convicción, para quienes la pérdida de la vida importa poco con tal que triunfe la causa á que habéis consagrado vuestros esfuerzos, y que no aspiráis á otra recompensa que al placer de haber hecho la felicidad de la patria y á un recuerdo honorífico á la posteridad. Hay entre vosotros algunos más admirables todavía, que sin esperar que la historia registre sus nombres, se inmolan sin embargo gustosos en el altar de esa divinidad misteriosa que ha hecho de los sacrificios humanos la condición indispensable de los mejoramientos sociales. ¡Mártires anónimos, que fecundáis con vuestra sangre el árbol de la libertad, para que otros recojan los frutos, sin pedir ni salario ni gloria especial para vosotros, mi corazón se llena de ternura y de veneración al contemplar tanto patriotismo y tanta abnegación! Vosotros sois los verdaderamente *grandes* y los verdaderamente *heroicos*!"

Por esta acción D. Santos Degollado ascendió á Valle, sin perder su empleo de teniente coronel de ingenieros, á coronel efectivo de infantería.

Desde 1858 hasta el desconocimiento de D. Santos Degollado, Leandro estuvo compartiendo con él los pocos triunfos y las muchas derrotas, acompañándole á Michoacán y siguiendo abnegado y perseverante la misma suerte que él, á quien debía su carrera y respetaba como á su padre.

Teniendo en cuenta los servicios que prestó en el valle de México, se le dió el grado de general de brigada.

En la Coronilla derrotó á Vélez y le quitó

los pertrechos de guerra, y con la desventaja de que Leandro del Valle iba á la cabeza de restos de tropa mal organizada y sin instrucción.

Al ser herido el general Uruga en el ataque de Guadalajara, á mediados de 1860, la presencia de ánimo y el respeto que imponía Valle, hicieron que los soldados recuperasen la moral ante el gran peligro que los amenazaba.

El fué el que tuvo el mando de una de las brigadas que defendían el puente de Toluca, cuando las fuerzas reaccionarias emprendieron la retirada, después de un fuego nutrido de cañón que rompieron sobre las liberales.

El 20 de Octubre de 1860 el coronel Toro lo reemplazaba en el mando de la primera brigada de la división de Jalisco y era nombrado cuartel-maestre. Estaba en el sitio de Guadalajara. Días antes, el 29 de Septiembre, en junta de generales había reprobado la conducta de D. Santos Degollado, quien envió á González Ortega copia de la carta de Mathew y las proposiciones de pacificación que le hizo. Fué uno de los que firmaron la respuesta vehemente á la comunicación del general en jefe del ejército federal.

Conociendo Zaragoza su pericia militar, le ordenó, el 26 de Octubre, el desarrollo de un plan de ataque sobre la plaza. Llevado á la práctica, el 29 en uno de tantos combates parte del enemigo hizo el simulacro de suspender el fuego graneado y pasarse; pero apenas estuvo á quemarropa de los soldados de Valle rompió de nuevo el fuego y éste pudo salvarse arrojándose á un foso. Se encontraba en el punto de más peligro con Zaragoza en los instantes que las fuerzas de la legalidad se apoderaban á bayoneta calada del resto de Santo Domingo. Al pedir parlamento el general Severo del Castillo, fueron los representantes de Zaragoza, Doblado y Leandro Valle quienes en la entrevista rechazaron indignados los puntos de política del país que les tocaron. Las bases acordadas, y que conservaron intacta la dignidad del ejército, fueron firmadas por Zaragoza, Doblado y Valle. No habiéndolas cumplido el enemigo, Valle dirigió desde Zapotlanejo, donde estaba con la división de Jalisco y algún botín de guerra, un comunicado á Doblado en el que se leía: "Supuesto que Castillo ha roto los convenios, debe ser batido dentro de la plaza ú obligado por la fuerza á salir de ella, á menos que no se rinda á discreción con la fuerza que lo obedece." Castillo huyó de Guadalajara rumbo á Tepic y Zaragoza dispuso que Valle lo persiguiese. Este logró dispersar buen número de los soldados de su tropa.

En marcha el ejército para la capital de la República, iba con el general en jefe y le acompañaba á Guanajuato, Celaya, San Juan del

Río, la Soledad y Arroyozarco. Aquí reunidos los ejércitos del Norte, Centro y Oriente aceptaron la batalla en las lomas de San Miguel de Calpulalpan que Miramón y Márquez les presentaron el 22 de Diciembre. El general Jesús González Ortega á la cabeza de las divisiones de Zacatecas y unido á Valle cogieron á paso veloz la retaguardia al enemigo, que se batía ya con Zaragoza, Lamadrid, Antillón, Toro y Blanco, y obtuvieron el triunfo definitivo que hizo volver los Poderes á la Capital. Antes de entrar el ejército á ésta, su amigo de infancia y compañero de colegio Miramón le escribía la siguiente carta: "Querido Leandro:—No sería difícil que Concha necesitase de alguna persona de influjo del partido triunfante, y prefiero dirigirme á tí que á alguno de sus parientes, á fin de que hagas por ella en nombre de nuestra antigua amistad, lo que en igual caso haría yo por tu familia. Disfruta de felicidades, y manda á tu amigo.—Miguel Miramón. Diciembre 24 de 1860.—Sr. Gral. D. Leandro del Valle."

Repuesto el gobierno de la legalidad, tuvo el mando de las armas en el Distrito y en seguida ocupó su asiento en el Congreso, como diputado por Jalisco. Las más de las sesiones tomaba parte en los debates. Fué de los de la iniciativa, á la muerte de Ocampo, para que se pusieran fuera de la ley á sus asesinos, desde Zuloaga y Márquez hasta Cobos. El 7 de Junio de 1861 pronunciaba estas textuales palabras en plena Cámara: "Hemos votado la suspensión de garantías los liberales rojos á quienes no puede atribuirse odio á la libertad y á la Constitución que hemos defendido con las armas en la mano."

El día 1º había dicho ya: "En nuestras masas hay poco espíritu público y pocas ideas."

Y el día que México supo el asesinato de Ocampo tuvo que ser un héroe para pacificar al pueblo amotinado á las puertas de la prisión que pretendía matar á Díaz y Casanova.

Le llegó la noticia del fin trágico de D. Santos Degollado cuando proponía en el Congreso la supresión de los tratamientos oficiales; y dijo al general Nicolás Medina, después de una durísima exclamación:

—Estas charreteras me las he puesto á cañonazos.

Y quiso ser el de la revancha.

Al despedirse en Tacubaya de la Sra. Ignacia Martínez, su madre, como creyente y presintiendo algo funesto, le colgó al cuello un relicario.—Nó, no quiero; dirán que uno creo y otro predico.—Mira, Leandro, hazlo por mí!

Le dió el adiós á su prometida, la Srta. Luisa Jáuregui, y ordenó á su asistente:—En sillame á San Pedro!

El tal San Pedro era un brioso caballo que

lo llevó al Monte de las Cruces. Allí le tendieron una celada Márquez y Gálvez, y lo cogieron prisionero, después de un fuego sostenido de las once de la mañana á las tres de la tarde y en que luchó hasta con la bayoneta, haciendo un cuadro luego que debilitaron el flanco izquierdo de los batallones 2º de Zacatecas y de Moctezuma, en seguida un triángulo y por último un zig-zag.

Rendido Valle por la turba que lo befó durante la media hora de vida que le quedaba, Márquez manifestó á Zuloaga.

—Supongo que á este sí lo fusilarémos?

—A éste sí, porque lo hemos cogido con las armas en la mano.

Hé aquí la orden:

"Ejército Nacional.—General en Jefe.—Leonardo Márquez, General en jefe de este Ejército, ordeno que el Capitán de ingenieros que pertenece á mi Estado Mayor..... se encargará de pasar por las armas al traidor á la patria D. Leandro Valle, el cual será fusilado por las espaldas, para lo cual se le dejará media hora para que se disponga y después de haberle fusilado que se le ponga en un paraje público para escarmiento de los traidores, para lo cual pedirá en el escuadrón de Exploradores Valle doce hombres al Comandante de escuadrón D. Francisco Aldama.

Por lo tanto mando que se le comuniquen esta orden á dicho Capitán. Dios y orden, Cuartel General de Salazar, Junio 23 de 1861.—L. Márquez.—Al Capitán de Estado Mayor....."

La soldadesca farisáica riendo, gritando y silbando formaba coro al ilustre prisionero de guerra que permanecía de pie y sin sombrero, más altivo y sereno que nunca, cerca del tronco de un árbol. En esto llegó á caballo el general Miguel Negrete.—Hermano, ¿qué, no me das un abrazo de despedida?—le dijo Valle.—Sí, hermano, sí; ¿por qué nó?

Negrete se apeó, le dió el abrazo levantándolo del suelo, quiso decirle algo; pero la voz se le anudó en la garganta y huyó del lugar preñados de lágrimas los ojos.

Otra versión respecto de la actitud de Negrete: al ser preso Valle, befó á éste, lo injurió, y dirigiéndose al mártir le dijo, dada ya la sentencia de muerte por Márquez:—¿Se acuerda usted de Trejo? Pues aquí viene usted á pagar con su vida la de aquel héroe.

La ira de Negrete tiene la siguiente explicación, según los informes que apuntamos: en 1861, cuando el Ejército reformista entró victorioso á México, Leandro Valle, siendo cuartel-maestr, en compañía del general Refugio I. González, aprendió detrás de la puerta de una casa del callejón de López al general Anas-tasio Trejo y lo mandó fusilar en la Ciudad-

la, buscando á la vez como una aguja á Negrete, que profesaba entrañable cariño á Trejo para darle igual fin.

Luego el capitán le hizo saber á Valle:—Vá usted á ser fusilado.—¿Quién da la orden?—preguntó Valle.—El general Márquez.—Entonces no hay remedio.

Era imposible que cediese Márquez, puesto que en Tacubaya había dicho:

—Estos jóvenes de talento son los que necesitamos hacer desaparecer.

La promesa iba á ser cumplida por milésima vez. Valle se descolgó el relicario que su madre le había dado y lo entregó al jefe de la escolta que iba á fusilarlo.

—Le suplico—le dijo—que entregue usted á la Sra. Ignacia Martínez esta leontina y este relicario que no es muy milagroso.

Y escribió esta carta:

"En el Monte de las Cruces, Junio 23 de 1861—Papá y madre queridos; hermanos todos. Voy á morir, porque esta es la suerte de la guerra y no se hace conmigo más que lo que yo hubiérase hecho en igual caso; por manera que nada de odios, pues no es sino en justa revancha. He cumplido siempre con mi deber; hermanos chicos, cumplan vdes., y que nuestro nombre sea honrado como el que yo he sabido conservar hasta ahora.

Padre y madre, A.....esa carta, á mí, un eterno recuerdo. También de tí me acuerdo, Agus, tú has sido mi madre también....

A mis hermanos y amigos adiós."

Y ordenó Márquez cuando los soldados estaban ya preparados para disparar:—¡Por las espaldas!—Yo no soy traidor; seguí siempre una bandera. (Un ayudante dijo á Márquez):—Señor general, dice que es usted traidor.—¡Por las espaldas! repitió Márquez inflexible.

Y sonó una descarga cerrada.

La orden de Márquez se cumplió: el cadáver de Valle estuvo pendiente de un árbol en las Maromas. A los pies tenía este letrero: "Jefe del Comité de salud pública."

Una acción de Márquez: Luis Alvarez, ayudante de Valle, se salvó, porque á su padre, D. Melchor Alvarez, debía toda su educación el Tigre de Tacubaya.

El Sr. D. Felipe Berriozábal, general en jefe de la primera División y comandante militar y Gobernador del Estado de México, dispuso en Toluca que el general Tomás O'Horán y una escolta fueran á buscar el cadáver para conducirlo á México. Pendiente de un árbol del camino estaba, y cerca, en la misma postura, el de su ayudante Aquiles Collin. (1) Bajo

1 Dice el general Miguel Negrete en sus "Memorias," inéditas aún:
"De Cuautitlán nos dirigimos por Huisquilucan para el

éste, un perrito que le acompañó siempre en campaña, rascaba la tierra y aullaba con la mirada fija en los restos de su buen amo. El perrito fué á dar á manos de la familia del Sr. Berriozábal; á los cinco días desapareció, y mandado buscar lo hallaron en el Monte de las Cruces, debajo del árbol en que suspendieron á Collin: aullaba, rascaba la tierra y miraba lastimosamente arriba. Llevado de nuevo á la familia, huyó á los pocos días; pero esta vez fué hallado ya muerto bajo el mismo árbol en que estaba pendiente el cadáver de su amo. El día 28 supo la Sra. Ignacia Martínez, que vivía en Tacubaya, que el cadáver de su hijo llegaría á la estación de Mulitas, y salió á su encuentro. "Yo estaba loca de dolor—cuenta.—Lo ví venir en hombros de unos indios y escoltado por unos de á caballo. Subí á un coche y lo seguí. En Chapultepec cedieron á mis ruegos los Sres. Lic. Joaquín Alcalde y el Huero Medina para que me dejaran verlo, diciéndome:—Pero sólo lo va usted á ver, nada más á ver.—Destaparon la caja ¡ah! estaba hasta en paños menores."

Velados los restos en el salón del municipio y hecho oficialmente el entierro al siguiente día, en el panteón de San Fernando, D. Vicente Riva Palacio, orador por el Congreso, dijo estas palabras al borde de la fosa:

"En el cadalso de Leandro Valle está el apogeo de su fama y la primera sombra de la eternidad ha sido para nuestro hermano la alborada de su gloria." (2)

ANGEL POLA.

Monte de las Cruces, porque de México había salido una columna á atacarnos y otra de Toluca al mando del Sr. General D. Felipe Berriozábal; esta segunda columna fué la que se nos presentó primero y después apareció la de México; ésta fué batida y completamente derrotada, haciendo prisionero al Sr. General D. Leandro Valle, quien fué fusilado á las cinco de la tarde, habiendo salvado ya un extranjero, Aquiles Collin, ayudante suyo, de que lo hubieran fusilado también."

Casi al terminar la guerra separatista, el General Negrete fué á San Antonio, Texas, y le picó la curiosidad las atenciones de que era objeto por parte de todo el personal del hotel en que se había hospedado. Su nombre estaba inscrito á secas en el pizarrón y nadie parecía conocerle. La víspera de su regreso á México compró dos caballos al dueño del establecimiento y quiso saldar sus cuentas. El administrador le manifestó:—No debe usted nada.—¿Cómo nada?—Pues sí, señor, nada.—Pero si aquí me he hospedado y he subsistido y he comprado los dos caballos.—Nada debe usted, mi General.—dijo el propietario descorriendo el velo del enigma y abrazando muy conmovido á Negrete.—¿Por qué no he de deber nada?—Porque á usted le debo mi vida: yo soy Aquiles Collin, á quien usted salvó en el monte de las Cruces cuando Leandro Valle fué fusilado.

El Sr. General Aureliano Rivera, que también estuvo en las Maromas á descolgar el cadáver de Valle, asegura que no vió el de Collin.

2 Los datos de esta biografía han sido ministrados á su autor por la Sra. Ignacia Martínez, madre de Leandro Valle, y los generales Felipe Berriozábal, Refugio I. González, Nicolás Medina, Félix Zuloaga, Miguel Negrete y el Lic. D. Macedonio Gómez.